



OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Revista

**OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO**

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volumen 3 · Número 1 (enero-junio, 2019)

---

La izquierda cultural latinoamericana y la sociología  
en los sesenta: polémicas sobre imperialismo y  
cultura en *Marcha* y *Casa de las Américas*

**Matías Marambio de la Fuente**

---

RECIBIDO: 10 de mayo de 2019

APROBADO: 20 de junio de 2019

## **La izquierda cultural latinoamericana y la sociología en los sesenta: polémicas sobre imperialismo y cultura en *Marcha* y *Casa de las Américas*<sup>1</sup>**

Matías Marambio de la Fuente  
Universidad de Chile/Universidad Alberto Hurtado  
matias.marambioldf@gmail.com

### **Resumen**

El artículo tiene por objetivo reflexionar en torno a las relaciones entre intelectuales y política durante los años sesenta a partir del estudio de los debates suscitados por la llamada “penetración imperialista” en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas. Hacia mediados de la década de los sesenta es posible constatar la aparición de variadas polémicas relativas a la participación de fundaciones o instituciones estadounidenses en proyectos de investigación social en la región, como el Proyecto Camelot. Analizo un conjunto de publicaciones culturales (como *Marcha* y *Casa de las Américas*) que se posicionaron críticamente frente a estas iniciativas y que construyeron, a lo largo de la década, una red intelectual de izquierda que polemizó con aquellos sectores que promovían la libertad, la neutralidad o el apoliticismo de la cultura. Sostengo que la práctica del debate promovió un tipo de radicalización de la intelectualidad de izquierda que permitió la interpretación cultural de lo político y la lectura política de lo cultural merced a la controversia –en medios impresos y de alcance transnacional– que hacía coexistir ambas esferas.

**Palabras clave:** *Polémicas culturales - intelectuales de izquierda - revistas culturales - ciencias sociales.*

### **Abstract**

This paper aims to reflect on the relations between intellectuals and politics during the 1960s through a study of the debates stirred up by so-called “imperialist penetration” in the field of social sciences in Latin America. By the mid-60s we can observe various polemics related to the participation of US foundations or government institutions in social research projects in the region, like Project Camelot. I analyse a group of cultural journals (like *Marcha* and *Casa de las Américas*) that positioned themselves critically against these initiatives and that during the decade managed to build a network of left-wing intellectuals that debated those sectors that promoted cultural freedom, neutrality and a-politicism. I hold that the practice of debating fostered a form of radicalization among left-wing intellectuals that allowed for a cultural interpretation of politics and a political reading of cultural life through controversy in print media with a transnational reach that brought together those two spheres of politics and culture.

**Keywords:** *Cultural polemics - Left intellectuals - cultural journals - social sciences.*

---

<sup>1</sup> El presente artículo es fruto de una investigación doctoral apoyada por el Programa de Formación de Capital Humano Avanzado (Becas de Doctorado Nacional) de CONICYT, Chile.

## **Introducción**

Los años sesenta del siglo XX han sido uno de los períodos cruciales en el estudio de las imbricaciones entre cultura y política en América Latina, particularmente en el campo de la historia intelectual<sup>2</sup>. Se trata de un momento de gran productividad analítica a causa de las ramificaciones regionales y mundiales que supuso la Revolución cubana. La primera revolución socialista exitosa en América Latina significó una reorganización del escenario diplomático en el continente, pues se situó en oposición a los diseños de EEUU y a distancia de los esquemas de la URSS; reforzó el distanciamiento del marxismo soviético experimentado por la intelectualidad de izquierda desde mediados de la década de los cincuenta en la conjunción del XX Congreso del PCUS y la invasión de Hungría (Anderson, 1976; Keucheyan, 2013: 33-50); dinamizó la crítica a los partidos comunistas afines a la URSS y gatilló un proceso de radicalización en distintos sectores de las naciones latinoamericanas; promovió el acercamiento a las luchas de liberación nacional desarrolladas en otras latitudes del llamado Tercer Mundo, entre sus efectos más notorios. Dentro del marco de la Guerra Fría, la politización generalizada que gatillaron los acontecimientos de Cuba llevó a un replanteamiento de los conflictos en el mundo de la cultura. Lo anterior implicó cambios en las formas de la asociatividad intelectual, en las redes editoriales, en las alianzas de grupos artísticos, en los aparatos discursivo-conceptuales, las preferencias estéticas y las formas de la militancia (Franco, 2002; Gilman, 2012; Albuquerque, 2011; Iber, 2015).

Uno de los medios en los que pueden indagarse los alcances y características de este proceso de politización es en la práctica del debate cultural. La confrontación de sectores intelectuales es uno de los ejes de estructuración de la cultura como campo en el sentido que le da Pierre Bourdieu. A su entender, “los conflictos, ficticios o fundamentados, que dividen el campo intelectual de acuerdo con sus líneas de fuerza [...] constituyen sin duda alguna el factor más decisivo del cambio cultural” (2002: 41). No es necesaria una adscripción a los dogmas de la dialéctica para reconocer en el conflicto uno de los impulsos para la transformación de las relaciones sociales, y el análisis de controversias ha dado identificado por François Dosse (2006: 104-106) como una opción metodológica útil para el análisis de la vida intelectual –aunque no por ello exenta de aspectos problemáticos–.

---

2 Bien podría argumentarse que esta coyuntura histórica ha sido uno de los pivotes de la renovación de la historiografía intelectual en América Latina junto con la reevaluación del siglo XIX (en especial los procesos de independencia y formación de Estado). Por ejemplo, para el estudio del mundo intelectual y el campo cultural durante los sesenta ver Gilman (2012); Terán (2013); Sigal (1991); Sorensen (2007); Oteíza (1997); Giunta (2008). Sobre la renovación de la historia intelectual desde la historia política del siglo XIX, ver un balance en Casaús Arzú y Arroyo Calderón (2010).

Mi intención en el presente ensayo es aprovechar el estudio de las polémicas como ventana al funcionamiento de la vida intelectual latinoamericana de los sesenta en el campo de las izquierdas. Propongo que en los debates podemos auscultar los ritmos y formas de la vida político-cultural, pues tornan visible el proceso generalizado de politización de la ciudad letrada, esto es, la centralidad que adquirió la política como clave interpretativa de las actividades intelectuales y como elemento que interviene en la producción y reproducción de dicho campo. Sin embargo, este ensanchamiento de lo político no tuvo un signo abstracto o neutro, sino que operó bajo la rúbrica de la izquierda, en diálogo con dicha tradición político-ideológica en su declinación latinoamericana. Por ende, los debates intelectuales permiten comprender las mutaciones experimentadas a nivel continental por la izquierda: sus formas de sociabilidad, sus recursos simbólicos, sus mecanismos de militancia, en fin, su estatuto de cultura política.

Para estos efectos me concentraré en un conjunto de controversias a propósito del vínculo entre proyectos de investigación social con financiamiento o apoyo de instituciones estadounidenses y el concepto de imperialismo cultural (o penetración cultural imperialista). Examinaré casos de proyectos realizados o planificados en Chile, Colombia y Argentina, pero no me concentraré en reconstruir su diseño u ofrecer un comentario sobre sus aspectos empíricos. Antes bien, me interesa explorar las maneras en que revistas culturales de la izquierda latinoamericana (*Marcha* y *Casa de las Américas*, principalmente) procesaron estos sucesos: ¿de qué manera presentan los acontecimientos y a partir de qué constructos conceptuales? ¿Cuáles son las estrategias editoriales desplegadas por estas revistas y de qué forma contribuyeron a la construcción de una esfera pública posicionada contra el percibido avance del imperialismo? ¿Cómo se relacionan estos choques discursivos con los procesos paralelos de reconfiguración de la izquierda y con la profesionalización de las ciencias sociales en América Latina?

Mi apuesta interpretativa es que en estas revistas se produjo una inflexión particularmente cultural para interpretar los acontecimientos desde una matriz política, presentándolos – exitosamente a mi juicio – como fenómenos insertos dentro de un cambio mayor en la política cultural estadounidense para el continente. En ello fueron claves hitos previos de desacuerdo político-cultural desde la izquierda, como los conflictos con el Congreso por la Libertad de la Cultura, el escándalo de *Mundo Nuevo* y el rechazo a la invasión de República Dominicana. Algunos actores de estos debates operaban fuera del circuito institucionalizado de las ciencias sociales: un crítico literario, como Ángel Rama, o una investigadora situada en la Cuba socialista, como Ida Paz, no poseían la legitimidad científico-profesional a la que apelaban las voces de los científicos sociales puestos en entredicho por su vínculo con EEUU. Sin embargo, sí contaban con el respaldo de

plataformas escritas con capacidad de proyección continental cuyo vínculo con los profesionales de la investigación social era tenue o, en la práctica, inexistente.

Considero que *Marcha* y *Casa de las Américas* constituyen casos representativos de lo que puede denominarse como izquierda cultural latinoamericana: esa franja del mundo de la cultura (narradores, poetas, artistas visuales, críticos, periodistas culturales, músicos, teatristas, editores, entre otros agentes) identificada con las posiciones de izquierda. Al decir de Carlos Altamirano: “Las revistas son, pues, un modo de organización de la *intelligentsia* y engendran microclimas propios. A través de ellas pueden seguirse las batallas de los intelectuales (libradas por lo general dentro de la propia comunidad intelectual) y hacer el mapa de la sensibilidad intelectual en un momento dado” (2013: 140). Son medios de sociabilidad que dan un soporte material a la esfera pública, ese espacio disputado de intercambios de opinión que se constituye, durante esta época, en una escala latinoamericana<sup>3</sup>.

Para organizar mis argumentos, realizo un primer apartado que consiste en una reconstrucción del clima intelectual de los sesenta desde la intersección entre cultura y Guerra Fría. Reviso la trayectoria de algunas agrupaciones intelectuales para establecer el escenario en el que ocurrieron las controversias sobre imperialismo e investigación social. Asimismo, caracterizo las revistas *Marcha* y *Casa de las Américas* en tanto publicaciones que dieron forma a las inquietudes de la izquierda del período. El segundo apartado de mi ensayo presenta el análisis de los casos de forma más directa. Señalo algunos de los puntos principales de la profesionalización de la sociología en América Latina que ayudan a entender el tipo de producción intelectual que es puesta en cuestión desde el mundo de la cultura. Examino, después, la elaboración conceptual y discursiva de la penetración imperialista como estrategia desde la izquierda para hacer frente a los argumentos ofrecidos por algunos investigadores en el marco de las polémicas revisitadas.

### **Controversias político-culturales en los sesenta**

Lejos de ocurrir en un vacío, los conflictos intelectuales de los sesenta se desplegaron sobre la base de infraestructuras capaces de movilizar –literal y figuradamente– a los integrantes de un campo que abarcaba distintos puntos de la región. La sociabilidad intelectual se manifestó en medios impresos y en encuentros cuya genealogía va más allá

---

<sup>3</sup> Una de las formulaciones más influyentes de la categoría de esfera pública es la ofrecida por Jürgen Habermas, que no sigo de forma estricta pero que sí tomo en tanto punto de partida. Sus observaciones sobre el rol desempeñado por el disenso y la crítica en la formación de la opinión pública moderna resultan de particular utilidad para comprender el rol desempeñado por las publicaciones que analizo en este artículo (Habermas 2009: 88-93).

de los sesenta y remite, a su turno, al problema más general de las relaciones entre cultura y política durante la Guerra Fría. En los años que siguieron al fin de la II Guerra Mundial –y en especial durante los cincuenta– observamos variados esfuerzos por dar forma a redes culturales capaces de hacer frente a la nueva configuración geopolítica global. En su forma más simplificada, ello se expresó como la tensión entre EEUU y la URSS, pero lo cierto es que dicho conflicto no tuvo un carácter homogéneo: entre el segundo lustro de los cuarenta y los primeros noventa existieron momentos de distensión y coyunturas de choque más directo, y los cambios en la correlación de fuerzas políticas al interior de cada una de las potencias determinaron giros en la política exterior respecto de los rivales. Un elemento importante en la política de la Guerra Fría fue el desplazamiento de la conflictividad en varios planos. El primero y más evidente es el establecimiento más o menos formal de zonas de influencia geográfica que llegaron a cubrir el orbe completo. A diferencia de otras regiones, que experimentaron una coexistencia mucho más cercana de las potencias en conflicto (Europa y la división entre la zona occidental y oriental; África y Asia, con procesos de descolonización que involucraron directamente a las potencias y sus aliados), América Latina había sido una zona identificada por la política exterior estadounidense como espacio para la intervención mucho antes de la Guerra Fría<sup>4</sup>. El conflicto se planteó, así, con los partidos comunistas de línea soviética o sectores identificados como afines por el Departamento de Estado de EEUU<sup>5</sup>.

Un segundo tipo de desplazamiento característico de la Guerra Fría corresponde al despliegue de frentes o fachadas que instrumentaban los intereses de ambos bloques. Con esto describo un conjunto variado de fenómenos, desde iniciativas encubiertas de contrainteligencia y propaganda impulsadas por agencias gubernamentales de EEUU hasta las organizaciones clandestinas y semiclandestinas de los partidos de izquierda que fueron proscritos por gobiernos anticomunistas. Aquí puede ubicarse, también, el rol desempeñado por la cultura como campo de batalla y los diversos proyectos de diplomacia cultural promovidos por ambos bloques. Se trata de programas de intercambio, becas, circulación de muestras plásticas y obras escénicas, misiones de asistencia técnica, exposiciones, festivales, institutos binacionales de cooperación cultural, entre varios otros<sup>6</sup>. A ello se suman las agrupaciones intelectuales respaldadas por las potencias: el Consejo Mundial por la Paz (CMP), de orientación prosoviética, y el

---

4 Este argumento se sostiene siempre y cuando dejemos aparte a los territorios caribeños de Francia, el Reino Unido y Holanda, los cuales de todos modos sintieron el peso de EEUU.

5 Sobre la Guerra Fría en América Latina desde una perspectiva mayoritariamente política ver Joseph y Spenser (2008), Brands (2010), Grandin (2011) y Pettinà (2018). Me parece llamativo que los tres volúmenes sobre historia de la Guerra Fría editados por Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad no incluyan capítulos para América Latina en su conjunto, subsumiendo la región en el Tercer Mundo o viéndola como parte de los diseños de las potencias. Solo Cuba (Glejjeses, 2010) y Centroamérica (Coatsworth, 2010) tienen capítulos específicos.

6 El ámbito cultural puede verse como un terreno en el que otros países además de EEUU y la URSS pudieron proyectarse diplomáticamente en América Latina. Si en los grandes diseños geopolíticos la voz cantante era de las superpotencias, en estas iniciativas era factible lograr algo de influencia.

Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC), alineado con EEUU. Mientras que el CMP era una expresión del carácter transnacional de la cultura comunista y de la legitimidad alcanzada por la URSS tras la II Guerra Mundial (Iber, 2015: 63; Albuquerque, 2011: 34-60), el CLC puede ser visto como la “pieza central de la Guerra Fría cultural del gobierno de los Estados Unidos [...] apoyado financieramente en secreto y con personal del más alto nivel de la CIA desde su creación en 1950” (Iber, 2015: 85)<sup>7</sup>. El financiamiento del CLC y el CMP y sus vínculos con la institucionalidad estatal de las potencias con las cuales se alinearon fueron materia de controversia, aunque mucho más para la primera agrupación que para la segunda, al punto que el colapso del CLC tiene no poco que ver con la revelación de su vínculo con la CIA (Iber, 2015: 210-215).

Ambas asociaciones organizaron congresos que dieron forma presencial a esa comunidad política de intelectuales nucleados en torno a las causas que los interpelaban en tanto agentes del mundo de la cultura. Más allá de las iniciativas del CLC y el CMP, Albuquerque señala los congresos de la Guerra Fría como la práctica “que tuvo mayor repercusión social [...], a priori es evidente que a los participantes les embargaba la percepción de que de verdad estaban cambiando el mundo con sus reuniones” (2011: 259). Aunque no comparto el juicio tajante del autor, me parece importante señalar estas actividades como momentos en los cuales cristalizaba una colectividad usualmente acostumbrada a los intercambios por vía de las publicaciones periódicas.

En efecto, las revistas constituyeron un medio para el debate capaz de articular una virtualidad en la que se daban cita figuras de la izquierda latinoamericana en torno a una agenda en la que coexistían problemas políticos y culturales. Ellas también se hicieron partícipes de la sensibilidad de la Guerra Fría mediante posicionamientos ideológicos y operaciones editoriales. En los casos de *Marcha* y *Casa de las Américas* hay dos experiencias que ejemplifican los cambios experimentados por la vida cultural latinoamericana durante los sesenta. Se trata de publicaciones de distinto carácter y estructura. *Marcha* se editó semanalmente desde Montevideo y contó con un equipo de colaboradores y corresponsales que indicaba una profesionalización de las labores intelectuales, al igual que una inserción en el medio periodístico nacional y regional. Incluyó secciones referidas a la contingencia uruguaya, latinoamericana y mundial, además de segmentos culturales y de espectáculos. Inició su publicación en 1939, articulando un discurso de vocación democrática y orientado hacia la reforma social que experimenta, con los años, un corrimiento hacia la izquierda<sup>8</sup>. *Casa de las Américas*, en cambio, osciló entre la

---

<sup>7</sup> Además del estudio de Iber, enfocado en América Latina, algunas miradas generales del CLC se encuentran en Stonor Saunders (2013); Grémion (1988); Coleman (1989).

<sup>8</sup> Sobre la historia de *Marcha* y su relevancia para la intelectualidad latinoamericana ver Rocca (2015); Moraña y Machín (2003); Peirano Basso (2001).

frecuencia bimensual y lo cuatrimestral, editada desde 1960 desde Cuba por un equipo mucho más reducido y con una dedicación más clara a asuntos culturales y literarios, sin por ello esquivar la discusión política. Representó el ascenso de cuadros intelectuales producido tras el triunfo revolucionario, su acceso a lugares de gestión y dirección de la cultura, y articuló la pluralidad de posiciones políticas que coexistieron en Cuba, desde el comunismo más proclive a la línea soviética hasta las mixturas de anti-imperialismo martiano y marxismo heterodoxo<sup>9</sup>.

Ambas revistas representan medios de diferente carácter, orientación ideológica, ámbito de circulación y público objetivo, pero no por ello carecen de afinidad en el circuito de las publicaciones político-culturales latinoamericanas. La legitimidad con la que contaban sus equipos al despuntar los sesenta se derivaba de fuentes disímiles: *Marcha* tenía el respaldo de varias décadas de trabajo y del rol desempeñado por Montevideo (en particular) y la región del Río de la Plata (en general) dentro de la esfera cultural de Sudamérica; *Casa de las Américas*, por su parte, se encabalgó en el impacto favorable de la revolución, aprovechó el retorno a Cuba de figuras consagradas internacionalmente (como Alejo Carpentier) que dieron su respaldo al proyecto de la institución que albergó la revista<sup>10</sup>. La conformación de equipos y redes de colaboración que integraron a intelectuales de distintas generaciones –aunque no de forma homogénea– es una de las razones que explican, a mi parecer, la resonancia de ambas revistas, su capacidad para interpelar a un público que excedía al nicho exclusivo de un colectivo o escuela. Asimismo, los países desde donde se editaban las publicaciones ofrecían ciertos atractivos: la percepción de estabilidad política de una democracia liberal en Uruguay y el magnetismo de la transformación vertiginosa de Cuba. Este último motivo atrajo a intelectuales del continente que residieron durante temporadas largas en La Habana y que participaron de revista *Casa* en distintas capacidades<sup>11</sup>.

Aunque no fueron las únicas revistas culturales dentro de la órbita de la izquierda latinoamericana –pues a ellas se sumaban *La Cultura en México*, *La Rosa Blindada* (Argentina) o *Punto Final* (Chile)–, *Casa de las Américas* y *Marcha* lograron instituirse en puntos de referencia y articulación de discusiones que aspiraban al horizonte general del continente<sup>12</sup>. Para ello constituyeron vínculos entre editores, siendo estratégica la relación

---

9 Sobre revista *Casa* durante los años sesenta ver Morejón Arnaiz (2017); Lie (1996); Weiss (1977).

10 No habría que subestimar el peso del Premio Literario Casa de las Américas en la creación y reforzamiento de una red de intelectuales que se solidarizaron con Cuba a partir de su visita a la isla en calidad de jurados.

11 Algunos de los nombres más relevantes, a mi juicio, son las figuras que integraron el comité de colaboración de la revista en distintos momentos: Ezequiel Martínez Estrada (Argentina), Manuel Galich (Guatemala), René Depestre (Haití), Roque Dalton (El Salvador), Mario Benedetti (Uruguay). A ellos pueden sumarse otros nombres, como Óscar Collazos (Colombia) o Enrique Lihn (Chile), que actuaron como vínculos entre la revista y sus países una vez que concluyeron su estadía en Cuba.

12 Habría que señalar, sin embargo, la ausencia del Brasil y del Caribe no hispano en las interlocuciones editoriales, al menos al nivel de las redes con revistas. Los acontecimientos brasileños (la represión tras el golpe



entre Roberto Fernández Retamar (director de revista *Casa* desde 1965) y Ángel Rama (editor de la sección literaria de *Marcha* entre 1959 y 1969). Allende las cercanías personales y los nexos afectivos que se tramaron entre ambos pensadores, la participación de Rama en el comité de colaboración de *Casa de las Américas* comportó un aporte al perfilamiento de la revista como plataforma de articulación política<sup>13</sup>.

Acaso el momento en que el vínculo La Habana/Montevideo aparece de forma más clara es en una de las polémicas que marca un punto de inflexión al interior de la intelectualidad latinoamericana: el caso de la revista *Mundo Nuevo*. La publicación fue promovida por el CLC como una solución de continuidad para *Cuadernos por la Libertad de la Cultura*, proyecto hasta ese momento dirigido por el colombiano Germán Arciniegas. En medio de las revelaciones/acusaciones de financiamiento de la CIA, el CLC optó por iniciar un nuevo capítulo a partir de un espacio editorial orientado decididamente a América Latina y validado por la figura de Emir Rodríguez Monegal, crítico uruguayo que antecedió a Rama en la dirección de las páginas literarias de *Marcha*. Aunque no se trataba de un cuadro militante del CLC, Rodríguez Monegal construyó un proyecto de revista que confluía –aunque no de forma estratégica o propagandística– con los objetivos de la agrupación. Su defensa de la independencia intelectual y de una cultura latinoamericana a la vez moderna y cosmopolita (Morejón Arnaiz, 2017: 33-35) lo situó en una orilla convenientemente distante del anticomunismo de Arciniegas y del compromiso explícito de revista *Casa* con la revolución.

Marcada por el problema de la legitimidad de origen, *Mundo Nuevo* suscitó una cadena de reacciones en la intelectualidad latinoamericana de izquierda que implicó un conjunto amplio de acciones, que incluyeron contactos directos, peticiones de no-participación e intercambios epistolares que llegaron a las páginas de la esfera pública impresa<sup>14</sup>. Los actores principales del entuerto fueron Rodríguez Monegal y Retamar, con Rama en un rol de asistente, fuese por su comunicación epistolar privada con el cubano o por su disposición a publicar los resultados del carteo entre los directores de revistas situadas en orillas opuestas del atlántico. El foco de la disputa consistió, a su vez, en el rol desempeñado por *Mundo Nuevo* en lo que se percibía como un nuevo escenario político, menos definido por la agresión directa y más orientado por mecanismos mediatos. Tal es el foco de las aprensiones de Retamar expresadas en sus cartas a Rodríguez Monegal, y de esa forma encuadra Rama el asunto a mediados de 1966: “La tarea de división y adoctrinamiento continúa, y todo indica que con una creciente despolitización, yendo

---

de 1964 y la guerrilla de Carlos Marighella) y ciertas referencias que privilegiaban al Caribe francófono (en especial la figura de Aimé Césaire) figuraron en la mirada cultural de *Marcha* y revista *Casa*.

<sup>13</sup> Trabajo sobre el rol del comité de colaboración en Marambio de la Fuente (2019: 50-63).

<sup>14</sup> Una revisión bien documentada es la de Idalia Morejón Arnaiz (2017: 87-97 y 109-113).

hacia ese ideal de ‘neutralización’ que es la nueva forma de acción imperialista en el frente cultural” (1966B: 31). El texto es, en rigor, previo a la aparición editada de *Mundo Nuevo*, aunque las noticias sobre el proyecto ya circulaban desde fines del año anterior (cuando el carteo entre Cuba y París, lugar de edición de la futura revista del CLC).

Me interesa destacar el episodio de *Mundo Nuevo* pues en él se fraguan un conjunto de hipótesis políticas y de tácticas editoriales que informan la respuesta de la izquierda cultural a otras controversias. En el ámbito conceptual, se utiliza una declinación cultural de la noción de imperialismo definida por el argumento del “cambio de estrategia”. Para estos efectos, se identifica la neutralidad como una forma de apoyo a los intereses de EEUU, en vez de una abstención en el conflicto. En el plano editorial, la publicación de cartas (abiertas o privadas), acompañadas por comentarios que las contextualizan, permitió una mixtura de referencialidad documental y opinión subjetiva. Por último –y como consecuencia de este uso de materiales epistolares (cf. Morejón Arnaiz 2017: 96)–, se despliega la movilización retórica de una economía afectiva que combina la ingenuidad, la sospecha, la desconfianza y, eventualmente, la denuncia de ataques personales. Esta configuración polémica creó un prisma utilizado con intensidad al momento de denunciar a los proyectos de investigación social vinculados a EEUU, toda vez que los integró a una matriz de sentido ya existente y validada por sectores amplios de la izquierda.

### **Penetración imperialista e investigación social**

El funcionamiento de los agentes del mundo de la cultura en espacios editoriales propios debe ser contrastado con el circuito de las ciencias sociales que eran sus coetáneas. La trayectoria de dicho campo en los años sesenta debiese ser pensada a la luz del proceso de profesionalización de las ciencias sociales en las décadas precedentes. Durante la primera mitad del siglo XX se producen varias transformaciones en la práctica y enseñanza de las ciencias sociales en América Latina<sup>15</sup>. En dicho cambio fueron centrales los espacios institucionales universitarios y, en particular, los organismos multilaterales configurados en la segunda postguerra, como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Tanto en ellas como en las nuevas instancias de formación profesional se realizó un esfuerzo teórico por comprender

---

<sup>15</sup> No tengo espacio para hacerme cargo de la importante bibliografía que documenta este proceso. Algunas panorámicas se encuentran en Trindade (2007); Blanco (2008); Roitman (2008). En ellas se atiende a miradas más amplias y regionales, con énfasis en el Cono Sur y México. Las observaciones que siguen a esta nota son una síntesis apretada de las líneas generales definidas por estos textos.

fenómenos como el subdesarrollo o la estructura social y política de las naciones latinoamericanas, a la vez que elaborar sugerencias de política social informadas por un quehacer investigativo de orientación empírica. Como lo demuestra Blanco (2008), las ciencias sociales modernas (en especial la sociología) se constituirían como un campo profesional en la medida que lograsen diferenciar sus criterios de validación de saber y se separasen, por tanto, de las prácticas consideradas ensayísticas o especulativas<sup>16</sup>. La primacía de criterios internos a la disciplina, capaces de fundamentarla metodológicamente, fue una preocupación constante de figuras como Gino Germani, tanto al momento de distanciarla de un ejercicio meramente interpretativo (Germani 2010: 324-362) como al consagrar su aspiración a la neutralidad valorativa (Roitman 2008: 56).

Hacia mediados de los años sesenta, la CEPAL llevaba más de una década al frente de la renovación en las discusiones sobre desarrollo y modernización social que marcaron la emergencia de la sociología profesional en el continente. En esos momentos, algunos de los cuadros intelectuales de las ciencias sociales comenzaban a sistematizar sus críticas a los marcos explicativos construidos por la CEPAL y por figuras como Germani o José Medina Echavarría (Beigel 2006). En ellas confluyeron tanto aspectos de orden teórico-metodológico como posiciones políticas, y su peso relativo en las argumentaciones ofrecidas era tan variado como las trayectorias de sus defensores. Fuese desde México, con Rodolfo Stavenhagen o Pablo González Casanova, o desde Brasil, con Fernando Henrique Cardoso, Theotonio dos Santos, Vania Bambirra o Ruy Mauro Marini, un conjunto de investigadores asentados en el sistema institucional construido en décadas previas intentó desplazar el centro de gravedad en el debate sociológico latinoamericano.

Esta narrativa de evoluciones internas tiene, sin embargo, un déficit. Los científicos sociales no se desempeñaban por fuera de las infraestructuras culturales de la región. Ciertamente, alcanzaron grados notorios de autonomía, visibles en la organización social de su trabajo reflexivo: facultades y departamentos dedicados a la enseñanza e investigación de sus disciplinas, revistas dedicadas a la difusión de sus reflexiones, espacios editoriales particulares, fuesen sellos específicos o colecciones dentro de casas ya establecidas<sup>17</sup>. No obstante, me parece importante vincular dichas transformaciones con la dinámica más general de los campos intelectuales y, en particular, con el mundo de la cultura. Bajo ese prisma, las críticas a las teorías del desarrollo aparecen como algo más que una revisión de la validez de ciertas hipótesis –cosa recurrente en la investigación científica–. Se trata

---

<sup>16</sup> El reciente estudio de Blanco y Jackson (2015) indaga en este contrapunteo de sociología y crítica literaria en Argentina y Brasil.

<sup>17</sup> La centralidad de la edición en la emergencia y desarrollo del campo de las ciencias sociales puede observarse en estudio de Blanco sobre Germani (2006: 83-104) y en el volumen de Sorá sobre Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI (2017: 53-72 y 176-188).

de una mutación que señala los cambios en las coordenadas políticas entre quienes se identificaban con posiciones afines a la izquierda expansiva de los sesenta.

Desde esta perspectiva, hacia mediados de los sesenta se suceden varias controversias a propósito del vínculo entre proyectos de investigación social e instituciones estadounidenses, que manifiestan las diferentes aproximaciones a la política por parte de la izquierda cultural y de las ciencias sociales. El primero de ellos, acaso el más conocido, es el Proyecto Camelot, una iniciativa ligada al Departamento de Defensa de EEUU por vía de un programa de investigación (Special Operations Research Office) alojado en la American University<sup>18</sup>. Su objetivo principal era el levantamiento de información sobre potenciales patrones de conflicto sociopolítico y el diseño de eventuales respuestas que permitiesen contenerlo o desactivarlo. Originalmente pensado para un conjunto de países entre los que se incluía Chile, el proyecto no logró ejecutarse a causa de las reacciones adversas por parte de investigadores locales y de una serie de reportajes aparecidos en diarios nacionales de izquierda hacia mediados de 1965.

El estallido del escándalo ocurre de forma más o menos simultánea a las primeras revelaciones de financiamiento gubernamental al CLC y se mixtura con la polémica levantada por actividades de tenor similar organizadas en Uruguay. En la estela de la invasión de República Dominicana, la realización de un seminario sobre formación de élites en América Latina –patrocinado por el CLC, la Universidad de California y la Universidad de la República– fue recibida como un avance de intereses foráneos (y poco honestos en sus intenciones) sobre los medios intelectuales latinoamericanos. Primero con una carta de Carlos Real de Azúa (1965) y luego un ensayo de Rama (1965), *Marcha* inició una ofensiva editorial orientada a debatir la legitimidad de estas actividades y a conceptualizarlas como un giro en las estrategias culturales del imperialismo. La cobertura realizada desde *Marcha* en los años sucesivos incluyó a otros proyectos de investigación, como el Job 430 y el Marginalidad en Argentina y el Simpático en Colombia.

El argumento central elaborado por Real de Azúa y Rama giró en torno a la pretendida neutralidad de proyectos que contaban con apoyos estadounidenses, en circunstancias que el continente experimentaba formas remozadas de intervención desde el país del norte. Para el primero, el mentado seminario de discusión sociológica operaba apelando a la vanidad intelectual de figuras situadas en la periferia de los circuitos de producción

---

<sup>18</sup> Un recorrido por los orígenes del proyecto, su inserción en el medio académico y político estadounidense, al igual que su estructura organizativa y científica es ofrecido por Navarro y Quesada (2010: 150-157). El ensayo trabaja el impacto nacional y latinoamericano de las revelaciones del Camelot, en especial en lo referido a la legitimidad de las ciencias sociales y a las posibilidades de cooperación entre América Latina y EEUU. Su texto enfatiza los acontecimientos de Chile y, por ende, considera las reacciones parlamentarias y periodísticas. Una selección de documentos vinculados al proyecto es la de Horowitz (1967).

de saber, al tiempo que se ocultaba la funcionalidad de ese conocimiento bajo el manto de la objetividad:

Que los Estados Unidos y sus centros de cultura tengan un tan afanoso conocimiento de nuestras cosas es un hecho cierto y que a muchos halaga. Les hace creerse colectivamente interesantes; importa, a menudo, beneficios personales nada despreciables. Pero hoy, desde su más entrañado nudo gnoseológico hasta sus más amplias implicaciones sociales sabemos –se sabe– que el conocimiento no es nunca “desinteresado”. Sabemos, conocemos, para poseer, develar, cambiar o dominar. Sobre todo para dominar (Real de Azúa, 1965: 20).

Al situar la pregunta en el terreno de los usos políticos del conocimiento, Real de Azúa desplaza las posibles legitimaciones metodológicas tan cuidadosamente construidas en el campo de la sociología e interroga el vínculo con EEUU a partir de su legitimidad de origen y de los fines a los que eventualmente sirve –aun cuando ello sea un efecto no intencionado de una acción bienintencionada–. Apela a la intelectualidad como un colectivo que se concibe a sí mismo como la conciencia crítica del continente y como la punta de lanza del combate al imperialismo. Al igual que Rama, identifica a Charles Wright Mills como el aliado al interior de la izquierda estadounidense que marca la pauta respecto de lo que se concibe como un nexo legítimo y productivo y aquello que debe denunciarse como maniobra cultural (Rama, 1965: 29-30; Real de Azúa, 1965: 20). A ello Rama agrega un matiz interesante: las críticas a una concepción ingenua de la neutralidad sostenidas por el propio Medina Echavarría. Según Rama, “ese científicismo de los canceladores de ideologías es, soterradamente, una toma de posición política, mal que les pese a quienes la asumen” (1965: 29), a lo que agrega un conjunto de referencias al rol que desempeña la ambigüedad dentro de la estrategia política del CLC.

En efecto, en su ensayo “Las fachadas culturales” (1966B) Rama señala este programa de incorporación de la izquierda no comunista sostenido por el CLC tanto en América Latina y a nivel mundial. Tras caracterizar los vaivenes de la noción liberal de libertad cultural y el funcionamiento ideológico del CLC en sus publicaciones, Rama apunta a su preocupación central, cual es el efecto divisorio que tendría dicha política “inclusiva” y “neutral”. Aquí el objeto de preocupación no es ya la investigación sociológica, sino el CLC como entidad, pero me parece fundamental revisitar las polémicas sobre la primera a partir de las formas de oposición al segundo desde la izquierda cultural. Como señala el crítico, “la acción más eficaz del Congreso no está [en la defensa de EEUU], sino en la ruptura del frente de izquierda latinoamericano, en la división y por lo tanto debilitamiento de las fuerzas anti-imperialistas, en la constante propaganda sobre lo político en desmedro de las realidades socio-económicas” (Rama, 1966B: 31). Entre un emprendimiento editorial como *Mundo Nuevo* y los esfuerzos del gobierno estadounidense por levantar información sobre las estructuras políticas y sociales hay una continuidad que no derivaría tanto del mismo agente (el CLC), sino de los horizontes

político-ideológicos que fundamentan ambas iniciativas y de los efectos que ellas tendrían sobre el campo de la izquierda.

Frente a tales acusaciones, las respuestas de intelectuales como Aldo Solari y Benito Milla optaron por un doble movimiento. De un lado, optaron por reforzar la defensa del valor científico de la actividad sociológica realizada con apoyos desde EEUU, siempre y cuando se resguarde la autonomía universitaria. Para Milla “se sabe que en el plano de las relaciones culturales es imposible, en nuestro mundo, prescindir de la cooperación o el simple patrocinio de gobiernos o instituciones” (1966: 29). Solari concuerda y resalta los efectos negativos que tendría dicho rechazo para la sociología local (1966: 28). La segunda línea de sus argumentos, no obstante, acusa el golpe personal que significó el ataque discursivo de quienes denunciaban al CLC. Ambos lanzan juicios lapidarios y descalificadores sobre Rama, acusándolo de mezclar controversias o de inflar las noticias sobre el nexa CIA/CLC, que Solari niega categóricamente: “No creo que el Congreso por la Libertad de la Cultura haya estado o esté financiado por la CIA” (1966: 28). Aunque los rechazan los ataques personales, pues significarían una deformación del diálogo crítico, la réplica de Milla no duda en usar la expresión “el tal Ángel Rama” más de una docena de veces.

Resulta productivo notar aquí que otros textos aparecidos en *Marcha* referidos a otros proyectos de investigación no suelen alinearse con estas críticas. Por el contrario, optan por sumarse al rechazo a la neutralidad valorativa a causa de los usos maliciosos que dicho concepto tuvo en la gestión de proyectos como el Camelot, el Job 430 o el Simpático. A nivel editorial, se combinan dos aproximaciones: la denuncia de quienes, habiéndose integrado a la investigación de buena fe, descubren las intenciones verdaderas de los proyectos y deciden restarse, como el equipo colombiano vinculado al Proyecto Simpático; la mirada de quienes han criticado, usualmente con el vocabulario del espionaje, las incursiones variadas del imperialismo, como Gregorio Selser. En el caso de los primeros, tras relatar su llegada al proyecto y describir su estructura, declaran:

Conscientes de la capacidad de autodeterminación de nuestro país, quienes vivimos cerca de una de las *nuevas modalidades* de la política intervencionista cual es la de utilizar la “disciplina científica” con fines político-militares, censuramos y rechazamos este tipo de saqueo que no se limita ahora a los recursos naturales sino a la toma de posesión de nuestro potencial cultural, de nuestras posibilidades psíquicas para lograr el pleno control de nuestro ser nacional (VVAA, 1966A: 22. Las cursivas son mías).

Aunque no rechazan la metodología de las modernas ciencias sociales ni deciden concentrar sus ataques en el neutralismo, los firmantes de esta declaración-denuncia del Proyecto Simpático no dudan en utilizar el lenguaje de las luchas de liberación para justificar su condena al programa y llamar la atención de sus colegas. Al mismo tiempo, su diagnóstico converge con las tesis que identifican un cambio en la marea de los

mecanismos imperialistas. Tanto ellos como Selser explicitan el vínculo con otros proyectos y los sucesivos escándalos internacionales a propósito de sus fuentes de financiamiento y los objetivos estratégicos establecidos por las organizaciones fachada, que Selser designa como “tapadera” del Departamento de Defensa (1966: 19).

No se trata, sin embargo, de la única reacción que me interesa destacar. En la mayor de las Antillas, desde revista *Casa*, una serie de intervenciones textuales construyen un *crescendo* de ofensivas discursivas contra el imperialismo cultural que incluyen como parte de sus argumentos a estos proyectos de investigación. Primero, en la sección “Al pie de la letra”<sup>19</sup> del N°37 (julio-agosto de 1966) aparece un comentario sobre la nota de Selser citada más arriba. Luego, en los restantes números de ese año y hasta fines de 1967 se suceden varios textos referidos al problema de la penetración imperialista. Uno de ellos, de amplia circulación a causa de su tema, es la carta abierta a Pablo Neruda producto de su participación del congreso del PEN Club en EEUU. Si bien el foco del debate estuvo en el conflicto que esta carta suponía entre la intelectualidad cubana y uno de los comunistas más reconocidos del continente, en ella se llama a declarar en el continente “un estado de alerta: alerta contra la nueva penetración imperialista en el campo de la cultura, contra los planes ‘Camelot’, contra las becas que convierten a nuestros estudiantes en asalariados o simples agentes del imperialismo, contra ciertas tenebrosas ‘ayudas’ a nuestras universidades” (VVAA, 1966B: 134). En el número siguiente, se reproduce una mesa redonda en la que participaron cuatro integrantes cubanos del comité de revista *Casa*: Retamar, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fonet y Lisandro Otero. El último, tras pasar revista a la política cultural latinoamericana de Kennedy<sup>20</sup> y al tipo de vinculación formal e informal con la ciudad letrada del continente, afirma que las iniciativas de cooperación universitaria como el Camelot o el Simpático “en apariencia son estudios sociológicos, [pero] en realidad tratan de obtener información estratégica que sirva el Pentágono en su intento de eliminar a los movimientos de liberación nacional en toda América Latina” (VVAA, 1966C: 137).

Otros textos colectivos expresan la vocación de la izquierda cultural por inscribir estos proyectos en una nueva estrategia imperialista que apunta, en lo específico, a los objetivos que Otero señala, pero que, en lo general, se mueve en el espacio indicado por Rama: la división de la izquierda y la validación del neutralismo. Podemos ver esta confluencia en

---

19 Se trata de un segmento de revista *Casa* que compila y comenta informaciones de política y cultura fuera de Cuba. Opera como un sitio en el que se produce un sentido de actualidad que compensa la frecuencia más pausada de la revista, y en él se mezclan las reproducciones textuales de entrevistas o noticias y la voz editorial que interpreta los hechos.

20 La relación del gobierno de Kennedy con el mundo intelectual estadounidense es también señalada como un elemento contextual clave por Navarro y Quesada (2010: 145).

los diagnósticos en la primera declaración del comité de colaboración de revista *Casa*, tras su cónclave de enero de 1967. En ella denuncian:

[L]a reciente ofensiva norteamericana en el plano cultural, destinada a neutralizar, dividir o ganar para su causa a nuestros intelectuales. Tal ofensiva se hace patente en hechos como los Planes Camelot, Simpático, Numismático; el financiamiento por la CIA de investigaciones sociológicas; la contratación, por el Departamento de Defensa, de estudios académicos, a través de fundaciones y universidades; la adquisición de editoriales y revistas; las actividades del ILARI, dependencia del Congreso por la Libertad de la Cultura; la acción de los Cuerpos de Paz... (VVAA, 1967A: 2)

Menos de dos años después de las primeras informaciones públicas sobre el CLC es posible para un colectivo variopinto de críticos, ensayistas, narradores y poetas componer la imagen más sistemática de las instituciones, programas y publicaciones representativas del nuevo período de intervención desde el país del norte. Los tres objetivos estratégicos (“neutralizar, dividir o ganar para su causa a nuestros intelectuales”) se despliegan en todo ese circuito y su fuerza residiría –así lo sugiere el resto de la declaración– en el carácter indirecto, la apariencia inocua y desinteresada de los apoyos financieros, lo mismo que en la seducción que inevitablemente ejercerían tales formas de cooperación en medios de infraestructura cultural desmejorada. O, en palabras del comité, “en países subdesarrollados como los nuestros, sometidos a la acción del imperialismo norteamericano, de las oligarquías nativas y de las extorsiones económicas de los países altamente industrializados” (VVAA, 1967A: 3).

Tras esta declaración emanada desde un órgano cultural tan legitimado como *Casa* otros textos se harán eco del diagnóstico ya establecido que engarzaba los hechos políticos en su contigüidad bajo la fuerza semántica del concepto de penetración imperialista. De ese modo procede un conjunto de intelectuales en el Congreso Latinoamericano de Escritores realizado en México en 1967, unos cuantos meses después de la reunión del comité de *Casa*. Ahí el Proyecto Camelot aparece en una lista larga de momentos vinculados a la historia del imperialismo en América Latina, “se llamen [estos] Panamá o Guantánamo, Puerto Rico o Veracruz, Nicaragua o Chapultepec, Guatemala o Santo Domingo, Plan Camelot o Congreso por la Libertad de la Cultura” (VVAA, 1967B: 100). Por su parte, durante la conferencia del Organismo Latinoamericano de la Solidaridad, la comisión dedicada a temas culturales retorna a un sentido más político-militar del imperialismo, al señalar que los proyectos de investigación sociológica “constituyen instrumentos de espionaje o intervención en los países latinoamericanos y tras su aparente labor científica o humanitaria, desarrollan una actividad contraria a los intereses nacionales” (OLAS, 1967: 112).



## Conclusiones

Hacia 1969 estalla otro escándalo de investigación sociológica: el Proyecto Marginalidad, ubicado en Argentina y vinculado al Instituto Torcuato di Tella, con financiamiento de la Fundación Ford. Aunque las características del proyecto lo distanciaban de experiencias como el Camelot o el Simpático, pues no había un carácter confidencial ni participación del gobierno estadounidense, a estas alturas la izquierda cultural contaba con una máquina bien aceitada para procesar este tipo de noticias políticas y reaccionar con decisión frente a lo que se interpretaba como la actualización más reciente de una estrategia que ahora ya no cabía designar como nueva. Así lo sugiere el título ensayo de Ida Paz publicado en revista *Casa* a inicios de 1970: “Una nueva maniobra imperialista en la cultura: el proyecto Marginalidad”. Aunque ella misma reconoce las diferencias entre esta iniciativa y las predecesoras, afirma que el objetivo fundamental de todas es “determinar las variables para conocer y evaluar los brotes de violencia revolucionaria potenciales, o no, en la América Latina, que puedan poner en peligro la estabilidad del *status quo* y sugerir, a la vez, las medidas de carácter ‘preventivo’ que deben efectuarse en el plano de reformas institucionales” (Paz, 1970: 36).

Si entre las revelaciones del CLC, el escándalo de *Mundo Nuevo*, las objeciones levantadas desde *Marcha* al seminario sobre élites y la declaración del comité asesor de *Casa* se construye paulatinamente una manera de reaccionar frente a la problemática imperialista (con ecos editoriales entre Uruguay y Cuba), en el texto de Paz ya se ofrece una condensación de argumentos que presenta toda la polémica desde las informaciones recopiladas en el semanario uruguayo. Su mirada va incluso más allá, pues no solo se ocupa de los aspectos geopolíticos del caso, sino que ingresa en el terreno metodológico y epistémico para atacar la complicidad entre la ciencia social de corte modernizador y los intereses contrarios a la revolución. Paz aprovecha la circulación que en Cuba habían tenido las ideas de figuras del dependentismo, como André Gunder Frank, editado en *Pensamiento crítico* (cf. Artaraz 2005; Kohan 2006). Sus reclamos se hacen eco de un problema ya identificado por Rama en “Los intelectuales en la época desarrollista” (1966A), quien los refiere a la cuestión de la neutralidad y la coexistencia pacífica.

El episodio del Proyecto Marginalidad puede ser visto como el resultado del proceso que he intentado mapear a lo largo del artículo: la creación de un modo particular de la izquierda cultural de combatir al imperialismo. Para ello fue central el uso de la polémica impresa en medios que aspiraban a orientar políticamente al mundo de la cultura. En un principio, revistas como *Casa* y *Marcha* contribuyeron a crear y circular una narrativa que enlazaba los escándalos sobre proyectos sociológicos con la estrategia cultural imperialista a partir de la presencia del CLC. Los contenidos y el diseño de la investigación no fueron

siempre el punto principal, pero para fines de los sesenta ya existía un terreno abonado que permitía ir más allá del problema del espionaje apenas camuflado. En este camino, la polémica otorgó una voz más preponderante a quienes sospechaban de los efectos perniciosos de la sociología desarrollista que a sus eventuales defensores. Mi interés ha sido, en esta ocasión, examinar esas voces y sus diagnósticos. Es claro que en medios más claramente culturales como *Casa* la especificidad de la pesquisa sociológica se diluyó y primó, más bien, su inscripción dentro de fenómenos políticos más amplios. Sin embargo, es importante reconocer la capacidad de gestión editorial desplegada por la izquierda cultural a la hora de montar su ataque discursivo. En dicho tránsito fue clave su ambigüedad respecto de la sociología como disciplina, pues al mismo tiempo que criticó a Germani o a Lipset levantó los nombres de Medina Echavarría y Wright Mills como contraejemplos de una sociología comprometida y renuente a los intereses imperialistas. Aunque no se tratase de su terreno de preferencia, la comunidad transnacional de la izquierda latinoamericana, desplegada entre La Habana y Montevideo, fue exitosa en su promoción de un tipo particular de vínculo entre trabajo intelectual y política, aun si en ese tránsito polémico tuvo que dejar algunas “víctimas colaterales”.

## Referencias bibliográficas

- Albuquerque, G. (2011). *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Altamirano, C. (2013). *Intelectuales. Notas de investigación de una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Anderson, P. (1976). *Considerations on Western Marxism*. London: Verso.
- Artaraz, K. (2005). “El Ejercicio de Pensar: The Rise and Fall of *Pensamiento Crítico*”. *Bulletin of Latin American Research* 24(3): 348-366.
- Beigel, F. (2006). “Vida, muerte y resurrección de las ‘teorías de la dependencia’”. En VVAA, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO. 287-326.
- Blanco, A. (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Blanco, A. (2008). “Ciencias sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva élite intelectual. En C. Altamirano (Ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol. II, Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX. Buenos Aires: Katz. 606-629.
- Blanco, A. y Jackson, L. C. (2015). *Sociología en el espejo: ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y la Argentina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual: itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor.
- Brands, H. (2010). *Latin America's Cold War*. Cambridge, MA/London: Harvard University Press.
- Casaús Arzú, M. E. y Arroyo Calderón, P. (2010). “El tiempo de la cultura política en América Latina: una revisión historiográfica”. En M. Pérez Ledesma y M. Sierra (Eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza: CSIC. 133-201.
- Coatsworth, J. H. (2010). “The Cold War in Central America, 1975–1991”. En M. P. Leffler y O. A. Westad (Eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, Vol. III, Endings. Cambridge: Cambridge University Press. 201-221.
- Coleman, P. (1989). *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*. New York: Free Press.
- Dosse, F. (2006). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: PUV.
- Franco, J. (2002). *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Germani, G. (2010). *Gino Germani. La sociedad en cuestión: antología comentada*. Buenos Aires: CLACSO.
- Gilman, C. *Entre la pluma y el fusil. Dilemas y debates del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012.
- Giunta, A. (2008). *Vanguardia, internacionalismo y política: arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gleijeses, P. “Cuba and the Cold War, 1959-1980”. En M. P. Leffler y O. A. Westad (Eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, vol. II. Crisis and Détente. Cambridge: Cambridge University Press. 327-348.
- Grandin, G. (2011). *The Last Colonial Massacre. Latin America in the Cold War*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Grémion, P. (1988). *Le Congrès pour la Liberté de la Culture en Europe (1950-1967)*. Paris: Centre National de la Recherche Scientifique.
- Habermas, J. (2009). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Horowitz, I. L. (Ed.) (1967). *The Rise and Fall of Project Camelot. Studies in the Relationship Between Social Science and Practical Politics*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Iber, P. (2015). *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Joseph G. y Spenser D. (Eds.) (2008). *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*. Durham, NC: Duke University Press.

- Keucheyan, R. (2013). *The Left Hemisphere: Mapping Critical Theory Today*. London: Verso.
- Kohan, N. (2006). "Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana". En VVAA, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO. 389-437.
- Lie, N. (1996). *Transición y transacción. La revista cubana Casa de las Américas (1960-1976)*. Gaithersburg/Leuven: Hispamérica/Leuven University Press.
- Marambio de la Fuente, M. (2019). "Comunidad en la polémica. El debate dentro de la izquierda cultural latinoamericana en los años sesenta: prácticas, conceptos y retóricas". Tesis para optar al grado de Doctor en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile.
- Milla, B. (1966). "Réplicas. De Benito Milla". *Marcha* 1303 (13 de mayo): 29.
- Moraña, M. y Machín, H. (Eds.) (2003). *Marcha y América Latina*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Morejón Arnaiz, I. (2017). *Política y polémica en América Latina. Las revistas Casa de las Américas y Mundo Nuevo*. Leiden: Almenara.
- Navarro J. J. y Quesada F. (2010). "El proyecto Camelot (1964-1965). La dependencia académica, entre el escándalo y el mito". En F. Beigel (Ed.), *Autonomía y dependencia académica: universidad e investigación científica en un circuito periférico - Chile y Argentina (1950-1980)*. Buenos Aires: Biblos. 145-168
- OLAS (1967). "Resolución sobre la penetración cultural e ideológica del imperialismo norteamericano en América Latina", *Casa de las Américas* 45 (noviembre-diciembre): 111-114.
- Oteiza, E. (Coord.) (1997). *Cultura y política en los años 60'*. Buenos Aires: IIGG/UBA.
- Paz, I. (1970). "Una nueva maniobra imperialista en la cultura: el proyecto Marginalidad". *Casa de las Américas* 61 (julio-agosto): 33-50.
- Peirano Basso, L. (2001). *Marcha de Montevideo y la formación de la conciencia latinoamericana a través de sus cuadernos*. Buenos Aires/Bogotá: Vergara
- Pettinà, V. (2018). *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. México: COLMEX.
- Rama, Á. (1965). "Las condiciones del diálogo". *Marcha* 1258 (11 de junio): 29-30.
- . (1966A). "Los intelectuales en la época desarrollista". *Marcha* 1305 (27 de mayo): 30-31.
- . (1966B). "Las fachadas culturales". *Marcha* 1306 (3 de junio): 30-31.
- Real de Azúa, C. (1965). "Universidad: dos compañeros de ruta". *Marcha* 1253 (7 de mayo): 20.
- Rocca, P. (2015). *35 años de Marcha: mapa de la escritura en el semanario Marcha, 1939-1974*. La Habana: Casa de las Américas.
- Roitman, M. (2008). *Pensar América Latina: el desarrollo de la sociología latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.
- Selser, G. (1966). "'Plan Camelot' en la Argentina". *Marcha* 1302 (6 de mayo): 19-21.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Solari, A. (1966). "Réplicas. De Aldo Solari". *Marcha* 1303 (13 de mayo): 28-29.
- Sorá, G. (2017). *Editar desde la izquierda en América Latina: la agitada historia de Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sorensen, D. (2007). *A Turbulent Decade Remembered: Scenes from the Latin American Sixties*. Stanford: Stanford University Press.
- Stonor Saunders, F. (2013). *The Cultural Cold War. The CIA and the World of Arts and Letters*. New York/London: The New Press.
- Terán, Ó. (2013). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Trindade, H. (Ed.) (2007). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*. México: Siglo XXI.
- VVAA. (1966A). "'Plan Simpático': los colombianos dicen no". *Marcha* 1302 (6 de mayo): 22.
- . (1966B). "Carta abierta a Pablo Neruda". *Casa de las Américas* 38 (septiembre-octubre): 131-135.

*Matías Marambio de la Fuente*

- . (1966C). "Sobre la penetración intelectual del imperialismo yanqui en América Latina". *Casa de las Américas* 39 (noviembre-diciembre): 133-139.
- . (1967A). "Declaración del comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*". *Casa de las Américas* 41 (marzo-abril): 2-4.
- . (1967B). "Declaración". *Casa de las Américas* 43 (julio-agosto): 99-101.
- Weiss, J. (1977). *Casa de las Américas. An Intellectual Review in the Cuban Revolution*. Madrid: Castalia.